

COLECCIÓN
TESTIMONIOS

HISTORIAS DE EXILIO



PASCALE LABORIER [DIRECTORA]

FOTOGRAFÍAS:
PIERRE-JÉRÔME ADJEDJ



VERA editorial cartonera

HISTORIAS DE EXILIO



COLECCIÓN
TESTIMONIOS

HISTORIAS DE EXILIO

PASCALE LABORIER [DIRECTORA]

FOTOGRAFÍAS:
PIERRE-JERÔME ADJEDJ



VERA editorial cartonera

Traducción de
Analía Gerbaudo

ACADÉMICXS FORZADXS AL EXILIO: VIDAS Y SABERES EN MOVIMIENTO

PASCALE LABORIER

¿DE QUÉ TRATA ESTE LIBRO?

Este libro se organiza a partir de una pregunta: ¿qué supone para lxs académicxs verse forzadxs a abandonar su país? A través de relatos de académicxs exiliadxs de todo el mundo exploré, en diversas investigaciones, las complejas trayectorias y los desafíos configurados por esta forma particular de migraciones forzadas. Se trata de trabajos que combinan cartografías y retratos en función de interrogar las categorías habituales para pensar estas movilidades híbridas. Creo entrever que los resultados alcanzados sacuden, en principio, porque subrayan la urgencia de espacios académicos verdaderamente hospitalarios. Su construcción se inscribe en una lucha que este libro pone de manifiesto.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

En el siglo XXI la movilidad internacional de lxs universitarixs se convirtió en un aspecto central de las carreras académicas; buena parte de ellas se enmarcan en una larga historia de migraciones forzadas provocadas por trastornos y conflictos políticos (Gatrell, 2013). Aunque raramente calificada como «migración», diversas circunstancias políticas en los países de origen impusieron desplazamientos forzados como sucedió durante los regímenes

autoritarios en el Cono Sur entre los años cincuenta y finales de los ochenta o, más recientemente, en Turquía e Irán. Estas movilizaciones, a menudo invisibilizadas en los discursos dominantes sobre la internacionalización de la educación superior, plantean desafíos cruciales en términos de libertad académica y circulación de saberes.

Comprender la complejidad de las trayectorias resultantes de estas rupturas invita a interrogar las categorías habituales usadas para analizar la migración. ¿Cómo nombrar y pensar estas movilizaciones particulares, entre «migración», «exilio» y «desplazamiento forzado»? Los conceptos de «universitarix exiliadx», *scholar at risk* y «migrante calificadx», aunque remiten a realidades distintas, presentan importantes superposiciones que es necesario clarificar. Más allá del trabajo de categorización, el desafío es, ante todo, hacer visibles y audibles experiencias singulares, a menudo eclipsadas por las representaciones dominantes (Amar *et al.*, 2021).

Este es el propósito de dos proyectos complementarios que presento en este texto. Por un lado, las cartografías narrativas digitales desarrolladas en el marco de *Géo-Récits*¹ contribuyen a visualizar los complejos y sinuosos recorridos de investigadorxs y artistas forzadxs al exilio. Por otro lado, la exposición fotográfica *Poser pour la liberté/Standing for freedom* realizada junto con el artista Pierre-Jérôme Adjedj² permite ver rostros y escuchar voces de intelectuales en migración a través de un dispositivo que combina imágenes y relatos de vida. Estos dos enfoques, cartográfico y artístico, funcionan como una suerte de prismas que ayudan tanto a dar cuenta de la singularidad de las trayectorias como a restituir la pluralidad de las experiencias vividas.

1 Los resultados de este proyecto están disponibles en acceso abierto y gratuito en https://heurist.huma-num.fr/heurist/?db=Geo_Recits&website&id=92&lang=FRE&pageid=1413

2 Esta exposición de fotografías y videos se alojó en sus inicios, en enero de 2021, en la Cité du Design en Saint-Etienne para convertirse luego en muestra itinerante. Circuló por Europa, América Latina y Estados Unidos. Parte de este trabajo se reconstruye en el sitio <https://www.standingforfreedom.eu/#tournee>

Combino estas miradas en vistas a proponer un análisis comprensivo y encarnado de las migraciones académicas forzadas, atento tanto a las lógicas institucionales como a las vivencias individuales. Se trata de sacar a la luz la complejidad de estas movilidades híbridas, irreductibles a las categorías binarias al uso (elección/coacción, aquí/allá, antes/después); también de captar parte de los desafíos científicos, políticos y existenciales que las atraviesan.

DE LAS FIGURAS DEL «EXILIO» A LOS SCHOLARS AT RISK. DESAFÍOS DE CATEGORIZACIÓN

La figura del «intelectual exiliado» se arraiga en una larga tradición, desde la huida de los pensadores dados los embates de la Inquisición hasta el exilio de los filósofos de la Ilustración (Burke, 2017). Esta figura encarna un modo de ser y pensar específico usualmente marcado por una postura crítica sobre las sociedades de acogida (Said, 1994) indisociable tanto de la inserción del intelectual exiliado en el campo académico como de su reconocimiento por las instituciones universitarias y científicas de ese país.

Agrego también que, como he mostrado en otros trabajos (Nimer *et al.*, 2023; Laborier, 2024), a menudo estas figuras se construyeron a partir de trayectorias masculinas, occidentales y consagradas tendiendo a ocultar la diversidad de las experiencias de exilio intelectual (Durand *et al.*, 2021). Las trayectorias de mujeres, académicxs del Sur o investigadorxs en situación de precariedad quedan, de este modo, en la sombra.

La noción de «migrante calificadx» se inscribe en un enfoque económico y cuantitativo de los flujos migratorios: centrada en los niveles de diploma y competencias, con frecuencia eclipsa los motivos y condiciones de la movilidad así como las relaciones de fuerza simbólicas en juego. Esta categoría borra tanto la diversidad de trayectorias, motivaciones y vivencias como los obstáculos propiciando una visión desencarnada y utilitarista (Kofman, 2012) que silencia

las discriminaciones y descalificaciones sufridas por numerosxs migrantes calificadxs, en particular, provenientes del Sur.

La categoría más reciente de *scholar at risk* apunta a hacerse cargo de las amenazas que pesan sobre las libertades académicas y abarca a todx universitarix forzadx a la movilidad (Laborier, 2019). No obstante, no está exenta de ambigüedades, a saber: oscila entre un enfoque universalista de defensa de derechos y una lógica selectiva de integración de perfiles «de excelencia» (Vatansever, 2020); tiende a individualizar las dificultades ocultando las dimensiones estructurales y colectivas (Lena, 2021) y con frecuencia omite la especificidad de los riesgos y obstáculos enfrentados por ciertos grupos (por ejemplo, mujeres y minorías). De todos modos, al examinar las condiciones de emergencia de esta categoría, sus usos por una pluralidad de actorxs y las subjetividades y procesos de reconstrucción identitaria de lxs individuoxs concernidxs (Gerbaudo, 2024) se advierte la búsqueda de superar estos reduccionismos para aprehender la complejidad de las migraciones académicas contemporáneas (Laborier, 2020b). Solo un enfoque comprensivo y multinivel permite dar cuenta de las tensiones y ambivalencias que atraviesan estos desplazamientos, entre lógicas institucionales y experiencias, entre políticas de acogida y trayectorias.

Como lo subrayamos con Leyla Dakhli y Frank Wolff (2024), la situación de los universitarixs en exilio se caracteriza por una «doble presencia» y una «(i)legitimidad» particulares. Su migración forzada no desemboca necesariamente en una postura reflexiva sobre su condición. Si su alto nivel de capital cultural lxs acerca a lxs «migrantes calificadxs», su trayectoria se distingue de las de expatriación elegida lo que supone rupturas dolorosas (Gerbaudo, 2024). Es crucial visibilizar estas cuestiones específicas (Rademacher, 2014) si se busca atender a la singularidad de su condición.

Esta posición de entre-dos, desgarrada entre desclasamiento y nuevas oportunidades, exige una delicada etnografía de los modos de subjetivación y estrategias de lxs universitarixs exiliadxs para «(re)negociar su estatus de intelectual» (Dakhli *et al.*, 2024). Una inmersión lo más cerca posible de las experiencias vividas coopera

en la restitución de la complejidad de estas trayectorias configuradas entre las relaciones de poder académicas y las desigualdades, entre las constricciones estructurales y los recursos movilizados.

MÁS ALLÁ DE LA LINEALIDAD: LA COMPLEJIDAD DE LAS TRAYECTORIAS Y LAS CARTOGRAFÍAS NARRATIVAS

El proyecto *Géo-Récits* pone de relieve el carácter no lineal de las trayectorias de universitarixs y artistas forzadx al exilio: las cartografías narrativas (Caquard y Fiset, 2014) muestran que, lejos de recorridos de un punto A hacia un punto B, estos desplazamientos suelen estar jalonados por múltiples etapas y circulaciones en diferentes países antes de alcanzar un lugar de acogida estable (Bodenhamer *et al.*, 2015). Véase, por ejemplo, la trayectoria de la ingeniera maliense Zakiyatou Oualet Halatine (Dodde y Loba, 2024): formada en el Instituto Politécnico de Kiev en los años ochenta, su trayectoria no puede resumirse en el trayecto Bamako-París. Su exilio forzado en 2012 debido a la rebelión tuareg se inscribe en una dinámica de movilidades previas de estudiosas y profesionales en Ucrania, Mauritania y luego Francia donde obtiene asilo [IMAGEN 1].

Otro ejemplo: la trayectoria de la artista ucraniana Krystina Borhes muestra un sinuoso recorrido iniciado tras la invasión rusa de 2022 (Suhov, 2024). Primero huyó a Rumania con la esperanza de un rápido retorno. Pero la perpetuación del conflicto la forzó a seguir hasta Francia transitando por varias ciudades antes de lograr instalarse en París [IMAGEN 2].

A menudo estas movilidades son precedidas por otras circulaciones elegidas o padecidas. La cartografía narrativa sitúa el momento del exilio en una dinámica amplia donde se superponen diversas situaciones estatutarias y administrativas (Galloro *et al.*, 2010; Baussant, 2018). El examen exhaustivo de las trayectorias analizadas cuestiona las concepciones binarias: la frontera se presenta más como un espacio de posibles conexiones que como una simple línea de ruptura (Green *et al.*, 2013).

Zakiyatou Ouellet Haïtiane
Une ingénieure en technologie industrielle et ministre haïtienne forcée à l'exil



Née dans le Nord du Mali, Zakiyatou Ouellet Haïtiane est une ingénieure en technologie industrielle diplômée de l'Institut Polytechnique de Kiev. Elle a été membre du gouvernement du Mali au début des années 2000, fonctionnaire ou sein d'organisations internationales d'aide au développement au milieu des années 80 jusqu'à la fin des années 90, puis dirige sa propre entreprise, un centre de formation et de recherche, à partir du milieu des années 2000. Comme 600 personnes elle a été inuite dans l'accompagnement des populations vulnérables et du développement de son pays, elle a accueilli et soigné des enfants, fondé plusieurs associations. À la suite de la rébellion dominante Touaregs en 2012, Zakiyatou est contrainte à l'exil à cause de la stigmatisation envers son ethnicité et d'attaques contre sa personne et certains de ses proches. Zakiyatou fut membre d'une association de victimes d'inspections et l'écriture de plusieurs ouvrages sur la culture touarouge, la société et la situation économique et politique du Mali lui permettant de partager son expérience de vie. Elle est réfugiée en France depuis 2017.

Profession : **Pays :** Mali **Née :** before 22
 Researcher (Industrial Sep 1956)
 Technology)

Langues parlées :
 French
 nomadineh
 English Russian
 (Ri, Riwi) Songhay



IMAGEN 1.

Kristina Borhes
De l'Ukraine à la France : l'évolution de la voix artistique de Kristina Borhes



Kristina Borhes, née à Chernivtsi, en Ukraine, en 1980, est un exemple de résilience et de créativité.

avec un parcours influencé par l'activisme politique de l'époque, Kristina est une artiste visuelle, une documentariste et une chercheuse indépendante, dont le retour de la liberté vient enrichir sa pratique artistique. Elle a travaillé pour des journaux ukrainiens et internationaux, notamment pendant la révolution orange, période où elle a été impliquée dans des événements et a été documentée par des médias internationaux.

L'insurrection russe de l'Ukraine en 2022 a contraint Kristina à émigrer en Roumanie, puis en France, où elle a poursuivi son engagement dans un fort engagement de changement social. Une période importante de son développement artistique a été le soutien à la transition énergétique en France, à travers le soutien au programme PSUR pour les universitaires et les artistes et d'urgence de France.

Elle est actuellement basée à Paris et son intérêt constant de fournir aux artistes et chercheurs de la liberté et du pouvoir de fait pour éviter le changement. Ses parcours, de la mobilité politique à travers de bases de développement international et à la création d'œuvres d'art en France, soulignent son engagement interculturel à utiliser l'expression créative comme une force de libération.



IMAGEN 2.

El estudio detallado de estas movilidades forzadas en su dimensión procesual y reticular arroja nueva luz sobre los márgenes de negociación desplegados por quienes se desplazan (Flamant y Lacroix, 2021) e invita a desarrollar nuevas herramientas para un análisis multisituado y longitudinal, atento a las bifurcaciones y dinámicas institucionales (Büscher y Veloso, 2021). Las trayectorias de lxs *scholars at risk*, configuradas en el cruce de lógicas profesionales calificantes y constricciones políticas, ilustran la creciente hibridación de los patrones migratorios contemporáneos.

Esta complejidad recuerda la «doble ausencia» conceptualizada por Abdelmalek Sayad (1999) y declinada aquí bajo los rasgos de una «doble presencia» que conjuga anclajes en ambos espacios y posturas críticas descentradas (Dakhli *et al.*, 2024). Estas trayectorias oscilan entre varios polos de pertenencia (universitaria, nacional, política). Un «ir y venir» (Sayad, 1999) que toma nuevas formas en la era de la globalización académica dada la conversión de la movilidad internacional en norma de toda carrera (Gaillard y Gaillard, 1997; Jöns, 2011). Por lo tanto, el examen de estas trayectorias «aumentadas» por las circulaciones invita a desarrollar nuevas herramientas de análisis longitudinal y multisituado (Caquard y Fiset, 2014; Büscher y Veloso, 2021). Ese es uno de los aportes de la cartografía narrativa delineada desde *Géo-Récits*: su captación de estas trayectorias en sus largas temporalidades, sus impredecibles bifurcaciones y sus múltiples inscripciones institucionales restituye su dimensión procesual y reticular visibilizando, además, las formas de agencia y los márgenes de negociación (Malkki, 1992) así como los efectos de estas movilidades sobre los modos de identificación y las reconstrucciones biográficas. Por ejemplo, el análisis de los recorridos de Adolfo Prieto, profesor universitario con una carrera tramitada entre Argentina, Uruguay, Francia y Estados Unidos (Gerbaudo, 2023), pone en evidencia «consecuencias paradójicas de las migraciones forzadas» (Gerbaudo, 2024) mientras contribuye a potenciar la complejidad de la categoría *scholar at risk* (Laborier, 2020b).

RELATOS: VOCES SINGULARES Y EXPERIENCIAS COMUNES

Los diez testimonios presentados en este libro se inscriben en el proyecto *Restrica. Miradas sobre los exilios científicos forzados de ayer y de hoy* que llevé adelante junto a Pierre-Jérôme Adjedj (Laborier, 2020a) y que dio lugar a la muestra ya mencionada y a un catálogo. Este proyecto, entre la investigación y el arte, nació de nuestro diálogo sobre la representación del exilio científico.

El dispositivo fotográfico concebido por Pierre-Jérôme Adjedj, con un espejo que permite superponer elementos biográficos aportados por las personas fotografiadas (fotos del país de origen y de acogida, objetos ligados al ámbito de investigación y a la historia personal), busca ayudar a restituir parte de cada historia a través del retrato que intenta reponer simbólicamente un lugar y visibilizar un rostro (Adjedj, 2020). Un juego de transparencias trata de hacer ostensible la complejidad de las trayectorias de exilio: se busca mostrar la interacción entre diferentes temporalidades.

Entre los 51 retratos de científicxs provenientes de 15 países y 4 continentes, los relatos de Roubi, Ariel, Belgheis, Theombogü, Buket, Omar, Fernando, Iván, Amaryllis y Asli escogidos para este libro nos sumergen en la intimidad de las trayectorias de intelectuales desarraigadxs por la guerra, las persecuciones o la falta de futuro (Amar *et al.*, 2021). Sus voces singulares coinciden en decir el desgarramiento del exilio y la dificultad para darle continuidad a la carrera académica lejos de casa.

Roubi Kilo, investigadora siria, evoca su encarnizado combate para realizar su sueño científico en los estudios farmacéuticos pese a la guerra y las discriminaciones hacia las mujeres. Ariel Fabrice Ntahomvukiye, investigador burundés, relata cómo la guerra civil de los años noventa y su compromiso contra el adoctrinamiento de lxs jóvenes lo forzaron al exilio en Francia para poder, finalmente, desarrollar sus investigaciones con libertad. Belgheis Jafari, investigadora afgana, explica cómo la violencia, la guerra y la falta de perspectivas la empujaron a Francia donde pudo retomar sus trabajos

sobre literatura de viaje y militar por la paz, a pesar del dolor de estar separada de los suyos. El investigador camerunés Theombogü compara el exilio con una lenta agonía: a un país asfixiante que tritura sus sueños contraponen la escritura concebida como un medio para seguir respirando. La socióloga turca Buket Türkmen analiza con delicadeza el sentimiento del estar «entre dos»: el desgarramiento provocado por esa condición, entre dos países y entre dos culturas, se tramita desde la lucha por conferirle un nuevo sentido a su trabajo en el exilio. El historiador iraquí Omar Mohammed aporta un escalofriante testimonio sobre la ocupación de Mosul por el Estado Islámico y las tácticas de terror utilizadas que lo empujaron a huir a Francia donde ahora ayuda a otros universitarios en peligro. Fernando Lema, biólogo uruguayo exiliado en Francia, relata su experiencia de prisión política y exilio durante la dictadura militar de los años 70 y su compromiso por reconstruir el sistema científico uruguayo. Iván Quezada, profesor chileno, cuenta su detención en el campo de concentración Chacabuco en el desierto de Atacama tras el golpe de Estado de 1973 y cómo, junto a otros prisioneros, respondieron al terror con el arte y la educación. Amaryllis Quezada, hija de Iván Quezada nacida en Francia, reflexiona sobre los desafíos de la transmisión de la memoria del exilio. Finalmente, Asli Vatansever, socióloga turca despedida y exiliada tras firmar un pedido por la paz, analiza las paradojas de la libertad académica, entre la opresión política y la precariedad económica.

MÁS ALLÁ DE... (CIERRE-APERTURA)

Lo que se puede entrever a partir de las trayectorias recogidas y analizadas es que, junto a los sufrimientos, aparece una extraordinaria resiliencia (Mariot, 2021): todos han sabido extraer de sí mismos la fuerza para seguir viviendo, pensando, militando y creando, contra viento y marea (Vatansever, 2020). Sus relatos son otras tantas invitaciones a no renunciar jamás a nuestros sueños y compromisos, por difíciles que sean los obstáculos a superar; nos

recuerdan que el exilio, si bien es sinónimo innegable de pérdidas y desgarros, también puede ser portador de insospechados recursos, nuevas solidaridades y reconfiguraciones identitarias.

El análisis minucioso de las trayectorias a través del enfoque procesual y multisituado que propongo contribuye a renovar nuestra comprensión de las migraciones académicas internacionales: al desplazar las categorizaciones estáticas se contribuye a sacar a la luz la complejidad de las lógicas que se entremezclan, entre constricciones y oportunidades, rupturas y continuidades, anclaje local e inscripción en redes transnacionales. Se trata de un trabajo que ilumina las recomposiciones contemporáneas de las figuras y experiencias del exilio en la era de la globalización. Se trata, en definitiva, de un enfoque que coopera en la visibilidad de trayectorias a menudo ocultas mientras interroga las representaciones dominantes y las categorías para analizarlas. Cooperar en la restitución de la singularidad de las voces y la pluralidad de las situaciones invita a repensar en profundidad las modalidades de acogida y acompañamiento de lxs universitarixs en peligro: no se trata solo de tomar en cuenta la diversidad de sus recorridos y necesidades sino también de valorizar sus saberes y compromisos.

Esto implica ir más allá de una visión puramente humanitaria o utilitarista para construir espacios de hospitalidad durables, respetuosos de su autonomía y dignidad. Esto implica admitir que es también nuestra relación con la alteridad y la vulnerabilidad la que está bajo la mira: reconocer la «doble presencia» de lxs investigadorxs exiliadxes es aceptar la desestabilización de nuestras certezas para acoger una palabra crítica venida de otra parte; es dar lugar a otras epistemologías y a otros imaginarios para construir una universidad realmente inclusiva y comprometida, abierta al mundo en su diversidad. Esto supone cuestionar jerarquías y fronteras disciplinarias, geográficas y estatutarias que estructuran nuestras instituciones.

En una época en que las libertades académicas están amenazadas en numerosos países, urge movilizarse para defender el derecho a

un pensamiento libre y a la circulación de los saberes: condiciones esenciales de toda democracia. Pero más allá de la denuncia, importa también construir solidaridades concretas y duraderas con lxs investigadorxs en peligro, aquí y allá. Diseminar estas voces es un modo de contribuir con este trabajo inmenso. Se espera, a la vez, suscitar nuevas vocaciones y colaboraciones en función de habitar esta «universidad en el exilio»: una universidad nómada, políglota, mestiza, congruente con el mundo de hoy y los desafíos que enfrentamos.

REFERENCIAS

- ADJEDJ, P-J.** (2020). Mettre l'exil en image. *Hommes & Migrations*, 16–17.
<https://www.histoire-immigration.fr/hommes-migrations/article/des-mots-et-des-images-pour-temoigner-de-l-exil-scientifique-contraint>
- AMAR, M.; APRILE, S.; KUNTH, A. Y LACOUÉ-LABARTHE, I.** (2021). Saisir le murmure du monde. Récits de soi en migration. *Hommes & Migrations*, (1335), 8–9.
- BAUSSANT, M.** (2018). «Disrupted histories. Recovered Pasts» dans un monde globalisé: penser et croiser les terrains et les sources. [ffhalshs-03028087](https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-03028087)
- BODENHAMER, D.; CORRIGAN, J. Y HARRIS, T.M.** (Eds.) (2015). *Deep Maps and Spatial Narratives*. Indiana University Press.
- BURKE, P.** (2017). *Exiles and Expatriates in the History of Knowledge, 1500–2000*. Brandeis University Press.
- BÜSCHER, M. Y VELOSO, L.** (2021). Situating migration trajectories: multi-sited and longitudinal ethnographies of arrival. *Global Networks*.
- CAQUARD, S. Y FISET, J.P.** (2014). How can we map stories? A cybercartographic application for narrative cartography. *Journal of Maps*, 10(1), 18–25.
- DAKHLI, L.; LABORIER, P. Y WOLFF, F.** (Eds.). (2024). *Academics in a Century of Displacement: The Global History and Politics of Protecting Endangered Scholars*. Springer.

- DODDE, L. Y LOBA, Z.** (2024). Oualet Halatine. Une ingénieure en technologie industrielle et ministre malienne forcée à l'exil. *Géo-Récits. Cartographies narratives pour comprendre l'exil*. https://heurist.huma-num.fr/h6-alpha/?db=Geo_Recits&website=&id=92&pageid=1157&lang=fre&cartographie=3744.
- DURAND, A.; DUPONT, A. Y DIAZ, D.** (2021). Sur les pas des femmes en exil. *Diasporas*, (38), 7–20.
- FLAMANT, A. Y LACROIX, T.** (2021). Migrations contrôlées: circulations, encadrements, mobilités augmentées. *Critique internationale*, (1), 9–21.
- GAILLARD, J. Y GAILLARD, A.M.** (1997). Introduction: The international mobility of brains: Exodus or circulation? *Science Technology & Society*, 2(2), 195–228.
- GALLORO, P-D.; PASCUTTO, T. Y SERRE, A.** (2010). De l'immigré à l'émigré?: L'entretien biographique en contexte(s) migratoire(s). *Temporalités*, (11).
- GATRELL, P.** (2013). *The Making of the Modern Refugee*. Oxford University Press.
- GERBAUDO, A.** (2023). Adolfo Prieto (1928–2016), professeur d'université entre l'Argentine, l'Uruguay, la France et les États-Unis. *Géo-récits*.
- GERBAUDO, A.** (2024). «Desire Is Born Out of Collapse»: The Paradoxical Consequences of Forced Migrations (Argentina, 1958–2015). En Dakhli, L.; Laborier, P. y Wolff, F. (Eds.), *Academics in a Century of Displacement* (pp. 131–156). Springer.
- GREEN, N. et al.** (2013). *A Century of Transnationalism. Immigrants and Homeland Connections*. University of Illinois Press.
- JÖNS, H.** (2011). Transnational academic mobility and gender. *Globalisation, Societies and Education*, 9(2), 183–209.
- KOFMAN, E.** (2012). Gender and skilled migration in Europe. *Cuadernos de relaciones laborales*, 30(1), 63–89.
- LABORIER, P.** (2019). Universitaires en danger, entre catégorisation et témoignages croisés. *La Contemporaine*, (131–132), 41–45.
- LABORIER, P.** (2020a). Poser pour la liberté. Portraits de scientifiques en exil. *Hommes & Migrations*, 11–15. <https://www.histoire-immigration.fr/hommes-migrations/article/des-mots-et-des-images-pour-temoigner-de-l-exil-scientifique-contraint>

- LABORIER, P.** (2020b). Academic Migration and «Rescue» Programs: Between Specific and Universal Integration Models. En *Scientific Freedom Under Attack* (pp. 157–172). Campus Verlag.
- LABORIER, P.** (2024). The Forced Migrations of Scholars During the Uruguayan Dictatorship: Refuge and Academic Labor Market Overlap? En Dakhli, L.; Laborier, P. y Wolff, F. (Eds.), *Academics in a Century of Displacement* (pp.173–208) Springer.
- LENA, J.** (2021). Les libertés académiques, de l'injonction globale au défi local. *Critique internationale*, (1), 137–152.
- MALKKI, L.** (1992). National Geographic: The Rooting of Peoples and the Territorialization of National Identity among Scholars and Refugees. *Cultural Anthropology*, 7(1), 24–44.
- MARIOT, N.** (2021). L'intellectuel au révélateur. Comment continuer malgré et avec l'empêchement? En *Intellectuels empêchés: Ou comment penser dans l'épreuve* (pp. 9–38). ENS Éditions.
- NIMER, M.; LABORIER, P. Y PINET, T.** (2023). Universitaires et artistes en situation d'exil. *Terrains/Théories*, (17). <https://journals.openedition.org/teth/5378>
- RADEMACHER, M.V.** (2014). Les exilés politiques chiliens en France, quarante ans après le coup d'État, *Hommes & migrations*, (1305), 41–47.
- SAID, E.W.** (1994). *Representations of the Intellectual: The 1993 Reith Lectures*. Vintage.
- SAYAD, A.** (1999). *La double absence. Des illusions aux souffrances de l'immigré*. Seuil.
- SUHOV, I.** (2024). From Ukraine to France: The Evolution of Kristina Borhes' Artistic Voice. *Géo-récits*.
- VATANSEVER, A.** (2020). *At the Margins of Academia. Exile, Precariousness, and Subjectivity*. Brill.

Traducción de
Analía Gerbaudo

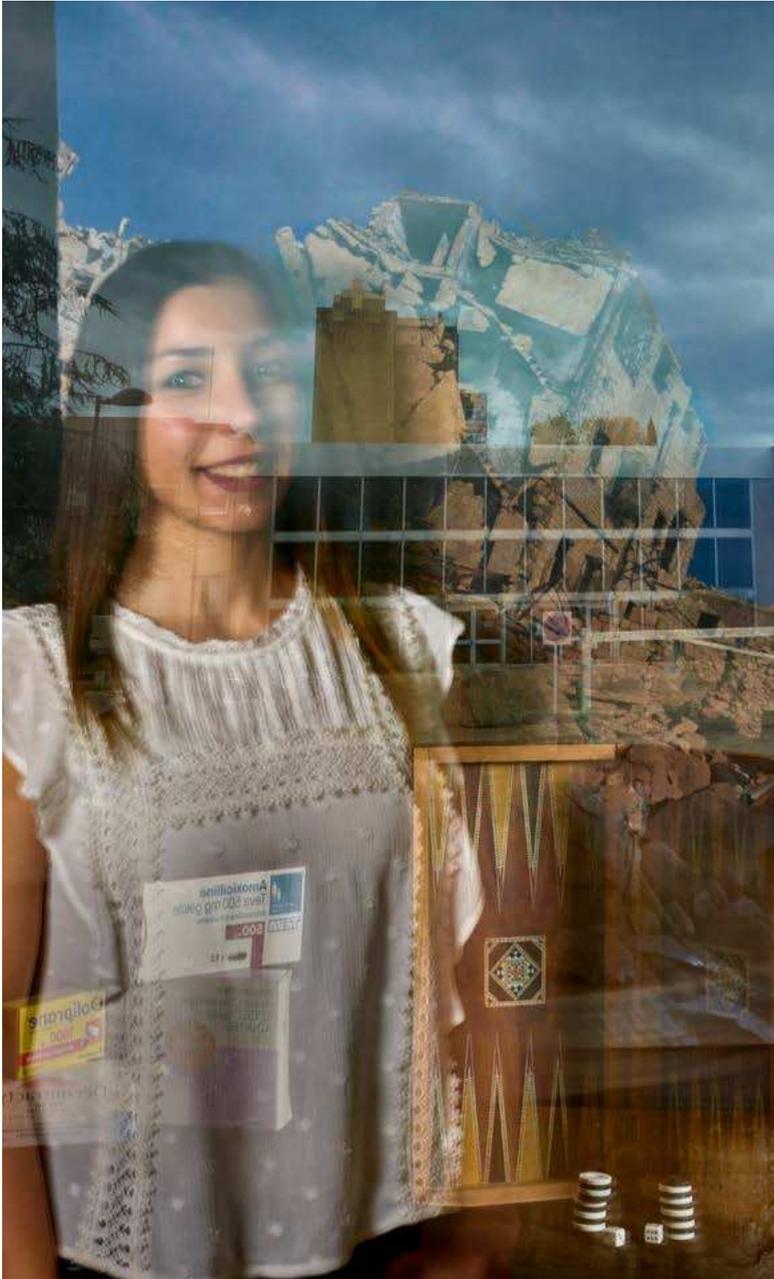
UNA MUJER CIENTÍFICA SIRIA, A PESAR DE LOS OBSTÁCULOS

ROUBI KILO

En mi país no se confía en las mujeres. Es habitual escuchar que no tenemos las capacidades mentales necesarias para igualar a un hombre y que, para que ello ocurra, debemos esforzarnos el doble. Por ello, mi decisión de estudiar farmacia no fue fácil.

En Siria, para acceder a estudios en el área de salud, hay que sacar la nota máxima en el examen que se toma antes de ingresar a la educación superior. Estaba decidida y la obtuve. En 2011 estaba sentada en los bancos de la facultad de farmacia en la universidad de Aleppo. Una vez más, sin embargo, tuve que redoblar los esfuerzos: ante iguales tareas, recibía calificaciones más bajas que los estudiantes varones. También ser cristiana era una desventaja. Éramos 10 mujeres en una promoción de 150 estudiantes y nuestras notas siempre eran más bajas. No importaba. Estaba apasionada. Quería investigar para formar gente y ayudar a la sociedad a pesar de que esta no me había tratado dulcemente. Por suerte contaba con mis padres que me sostenían y me alentaban. Mi padre, profesor de francés, y mi madre, profesora de economía, me habían transmitido el gusto de aprender que ni la guerra pudo aplacar.

Durante el segundo semestre de mi primer año de cursado, las bombas comenzaron a llover sobre la ciudad. Las clases continuaron



y nos esforzábamos por no perder ninguna. El único recorrido que me autorizaba a hacer era el que me llevaba a la universidad. Ya no tenía vida social con mis amigos. Todavía hoy recuerdo lo difícil que fue soportar aquello.

Los cortes de luz en la universidad eran cada vez más frecuentes lo que volvía imposible, por ejemplo, calentar el material para nuestras experiencias. No tuvimos más acceso a los laboratorios: tuvimos que conformarnos con la teoría. En casa, se trabajaba a la luz de las velas, LED y linternas arregladas conectadas a motores.

Progresivamente iba viendo alejarse mi sueño de ser farmacéutica. ¿Quedaría alguna farmacia en pie después de las bombas? ¿Llegaría a terminar mis estudios? ¿Tendría, simplemente, un futuro en mi país?

CONTINUAR LOS ESTUDIOS EN EL EXILIO

Mis padres no me dejaron elegir: me obligaron a terminar mi carrera antes de partir. Un año más tarde, ante la intensificación de los bombardeos, tuvimos que refugiarnos en lo de nuestros primos. Aún recuerdo la foto de nuestra casa destruida enviada por nuestros vecinos en plena noche. Estábamos sanos y salvos pero habíamos perdido todo: de nuestros recuerdos y nuestras cosas no quedaba nada. Guardo siempre conmigo un juego de backgammon como los que hay en todas las casas sirias como la mía: me recuerda a mi país.

En 2016, apenas terminados mis estudios, comencé a buscar posibilidades de continuar mi carrera en el extranjero. Un mes más tarde decidí viajar a Francia donde se habían refugiado mi hermana mayor y algunos allegados. Sabía que allí podría realizar investigaciones prometedoras.

Cuando llegué, aprendí sola la lengua y, dado que mi diploma de farmacia no era reconocido en Francia, tuve que inscribirme en un nuevo curso para continuar mi carrera. Me inscribí en un master en ingeniería de la salud en la Universidad de Lyon I.

La integración no fue fácil. Me costaba seguir el ritmo de mis compañeros pero luché para lograrlo. A fin de año, mi empecinamiento tuvo su retribución: obtuve mi diploma al primer intento y empecé a considerar la posibilidad de un doctorado. Pero estaba el problema del financiamiento. No obstante, gracias a la valiosa ayuda de un profesor descubrí el programa PAUSE en noviembre de 2018. En marzo del año siguiente comencé mis estudios.

Estoy en el tercer año del doctorado en farmacia. Trabajo con estudios observacionales y experimentales sobre los efectos en las enfermedades cardiovasculares de nuevos medicamentos anticoagulantes que aparecieron en el mercado.

También tengo un trabajo de medio día como investigadora asociada en el servicio de medicina interna del hospital Lyon Sud. Nos ocupamos del seguimiento de los pacientes, desde la extracción de sangre hasta la gestión de reacciones adversas. Me apasiona lo que hago. No dejo de aprender y de enriquecer mis conocimientos.

Ser mujer o cristiana ya no representa un problema para mi carrera. No obstante hay otra dificultad: ser extranjera. Tengo menos chances de ser contratada cuando termine mi tesis. Como muchos doctorandos extranjeros de mi entorno que les cuesta encontrar inserción, me inquieta mi futuro.

Traducción de
Analía Gerbaudo

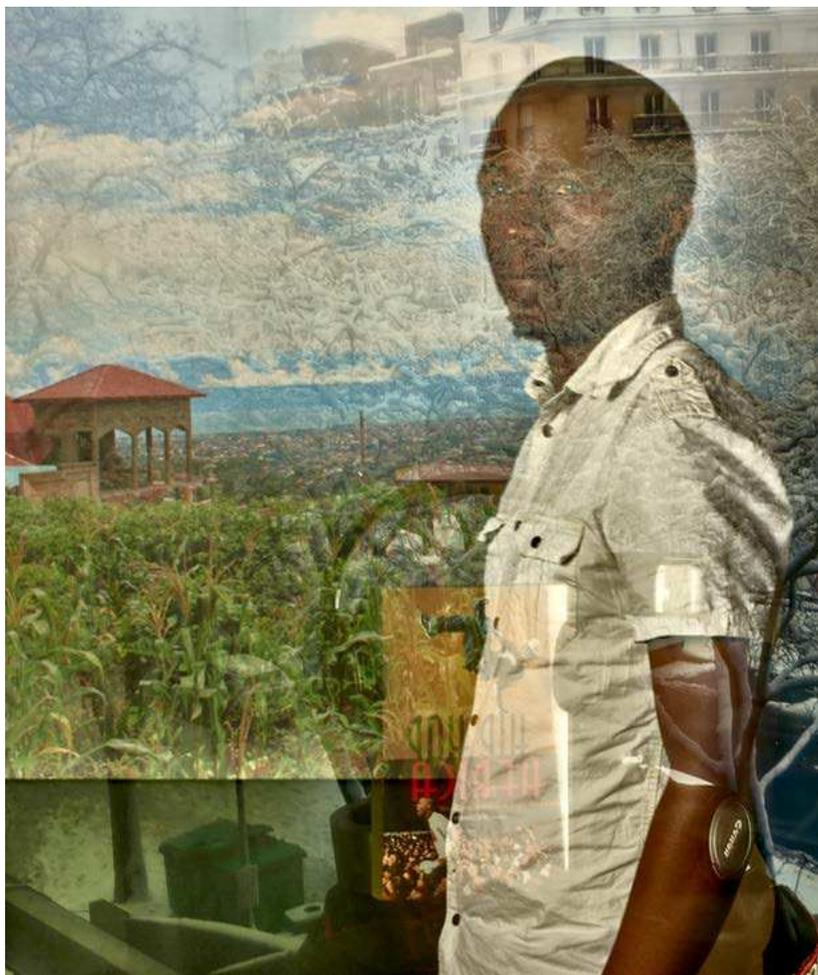
INVESTIGAR EN LA PROPIA CASA. UNA PRÁCTICA SOSPECHOSA

ARIEL FABRICE NTAHOMVUKIYE

Cuarto hijo de una familia numerosa (5 varones, 4 mujeres). Vengo de la colina de Gisuru dependiente del municipio de Giheta situado en la provincia de Gitega, Burundi. Mi madre es maestra. Mi padre también es docente y trabaja por su cuenta. Mi infancia transcurrió en un medio propicio para el aprendizaje.

Todo cambió en 1993 cuando comenzó una guerra civil que terminaría doce años más tarde. Mi vida se vio marcada por la repentina separación del resto de mi familia. Un sentimiento de pérdida me atravesaba. Los creía muertos. Había perdido toda esperanza de volver a verlos vivos. Las personas eran secuestradas y tratadas como animales; las casas, entre las que estaba la nuestra, destrozadas e incendiadas. Todo aquello acontecía bajo mi mirada impotente: los militares me hicieron llevar las cosas que habían tomado de nuestra casa para luego quemarlas dejándome sin nada.

También fue una época en la que experimenté la solidaridad y la hospitalidad. Algunos vecinos que no tenían miedo de exponerse a represalias de la armada y que conocían muy bien a mis padres, me acogieron. Podrían haberme dejado librado a los verdugos o enroscarse en cuestiones étnicas. Por el contrario, me escondieron entre ellos poniendo en riesgo sus vidas.



Después de varios meses, encontré a mi familia. Cuando retornó la calma, volvimos a lo que quedaba de la casa: una parte que no había sido alcanzada por el fuego. Por aquel entonces ya nos habíamos habituado a vivir como nómades: en el caso de ataques de los rebeldes o de la armada, nos escondíamos en el valle, lejos de la casa. Y cuando los combates se intensificaban, huíamos: nos alejábamos varios kilómetros y regresábamos cuando dominaba la calma.

El día después de la festividad de Todos los Santos, nos despertamos por disparos de armas pesadas. Eran los rebeldes que atacaban el asentamiento de desplazados así como la posición militar que aseguraba su seguridad. En la huida, me encontré en el medio de los rebeldes que esperaban refuerzos. Me quitaron el pantalón y los zapatos y me dejaron ir, así como estaba, bajo una lluvia intensa. Me refugié en la comuna de Kayokwe, provincia de Mwaro, antes de volver con mi familia.

Mi escolaridad se desarrolló en el medio de un campo de batalla. Nuestro liceo en Bukirasazi, provincia de Gitega, fue el objetivo de un ataque de los rebeldes del CNDD-FDD (Consejo Nacional para la defensa de la democracia-Fuerzas por la defensa de la democracia).

UN PROFESOR CONTRA EL ADOCTRINAMIENTO POLÍTICO

Mis estudios de primer ciclo me condujeron a la universidad en Bujumbura; más precisamente, al departamento de lenguas y literaturas africanas. A partir de 2010 enseñé francés en un colegio de la comuna Isare situado en la zona rural de Bujumbura, a dos horas de caminata. Bastión del principal partido de la oposición, Isare formaba parte de las comunas por las que el CNDD-FDD que había pasado de la rebelión armada durante la guerra civil (1993-2003) a convertirse en el partido dominante, había perdido las elecciones en 2010. El partido presidencial intentó conquistar un nuevo electorado dirigiéndose a los jóvenes. El colegio donde enseñaba se transformó rápidamente en terreno de disputa política. Con la complicidad de un miembro de la dirección y de los profesores, las reuniones

semanales de concientización sobre el VIH-Sida se transformaron en espacios de propaganda y de reclutamiento de estudiantes para el partido en el poder. Consciente de que nos confiaban a los jóvenes para que les transmitiéramos conocimientos y también para formar futuros ciudadanos, me opuse a este adoctrinamiento. La mayoría de nuestros estudiantes tenían menos de 18 años y la idea era preservarlos de esa instrumentalización que había dado lugar a atroces formas de violencia en el contexto burundés. Por eso fui considerado un opositor político radical y, por lo tanto, un enemigo del régimen vigente. Las amenazas de violencia física no me amedrentaron. Tenía miedo de ser asesinado pero no cedí.

Luego fui contratado como profesor-investigador en la Universidad de Burundi. Entre 2013 y 2015 dicté cursos de lingüística (de kirundi) y de lenguas, en especial del kiswahili que enseñé también en la Universidad de los Grandes Lagos, en la Martin Luther King y en el Instituto Francés del Burundi.

UN TERRENO DE INVESTIGACIÓN HOSTIL

Pasaban los años y cada vez más me interesaba la antropología. Gracias a una beca del gobierno francés, en noviembre de 2015 viajé a Francia para cursar un master en antropología social y etnología. Algunos meses más tarde había iniciado una investigación sobre las canciones durante la guerra civil en Burundi. Ni bien me había instalado, empecé un estudio etnográfico entre los burundeses que encontré en Île-de-France. Mostré cómo la música, independientemente de sus autores, se convirtió en un lugar de memoria. También trabajé sobre la reconstrucción identitaria de los burundeses exiliados en Ruanda. En el marco del master estudié las relaciones entre música y política; me interesaron los usos políticos de la música, tanto los que avalaron como los que rechazaron el gobierno de Pierre Nkurunziza que duró 15 años.

Volví a Burundi en 2016 para una estadía de investigación. Algunos de los músicos que quería entrevistar habían huido de la

represión; se habían instalado en Ruanda, Uganda y Kenia; otros habían decidido dejar la música (una forma de evitar la tortura, la prisión o la muerte). Hice ese viaje transido de peligros con el objeto de encontrarlos. Mi trabajo fue interpretado como una toma de posición en contra del régimen autoritario de Nkurunziza. Por mis investigaciones y también por mi trayectoria profesional y familiar, empecé a recibir amenazas de muerte que llegaron al paroxismo en abril de 2017. Fue entonces cuando me exilié en Francia.

El año siguiente, un compatriota que conocía mi trabajo me reenvió una convocatoria de PAUSE. Mi propuesta fue aceptada y así, en el verano de 2018, pude regresar al mundo académico. Burundi se había transformado en un espacio hostil para mí, totalmente inaccesible: había sido impulsado a dedicarme a otra cosa. Mis investigaciones actuales refieren a las prácticas musicales de los ruandeses en diáspora.

NOSTALGIA DEL VALLE DE BUDAS

BELGHEIS JAFARI

Ya desde niña enfrenté la necesidad tanto de luchar para sobrevivir como de escapar para atisbar otros horizontes. Tengo imágenes muy claras de esas tardes en las que las tropas entraban brutalmente en nuestra casa sobre una ladera de montaña de un pueblo remoto del centro de Afganistán.

Mi padre quería, a toda costa, salvar a los suyos de las perturbaciones de la guerra civil. Era el momento de partir allí donde los niños pudieran seguir una escolaridad sin las consecuencias de aquellos enfrentamientos sin fin.

Recuerdo el momento en que emprendimos el exilio, por vía terrestre, bajo las aterradoras balaceras. Le imploré a mi padre, llorando, que diera media vuelta. Yo quería esperar en nuestro pueblo el retorno de los buenos tiempos. Y además la ruta me parecía muy peligrosa. En mi cabeza de niña, no podía comprender lo que había empujado a mis padres a tomar semejante decisión: dejar todo atrás, desde lo que les pertenecía hasta esa tierra tan querida. Después de seis meses de viaje llegamos a Irán donde pude retomar la escuela y seguir mis estudios. Pasé la mayor parte de mi vida exiliada y mis años en la universidad estuvieron atravesados por la expectativa de volver a mi país natal: esperaba el fin de la guerra y quería ayudar a reconstruirlo. Era todo lo que me importaba y lo que me motivaba a seguir estudiando.



Después de veinte años, por fin, volví. Una alegría que aún me resulta inexpresable. La vida era color de rosa. Yo desbordaba de amor, alegría, esperanza, fuerza e ideas. Inmediatamente comencé a enseñar. Adoraba mi trabajo, mis estudiantes, la ciudad y sus habitantes a quienes les brotaban las sonrisas a pesar de la pobreza y las privaciones.

Mientras tanto, vine a Francia para hacer una investigación en el área que me apasionaba: la literatura de viaje en Afganistán. Después del tercer año de doctorado, me reinstalé definitivamente en Kabul para escribir mi tesis y, mientras tanto, continuar enseñando.

Una vez finalizada la tesis, me involucré en proyectos científicos sobre literatura y, más concretamente, a la que atendía a los problemas sociales y políticos en Afganistán. Una de mis investigaciones recientes aborda las representaciones de la migración en la cultura oral afgana: en especial, en las canciones y poemas populares. También participé de coloquios universitarios sobre estos temas en otros países.

KABUL, UNA PRISIÓN A CIELO ABIERTO

A partir de 2014, lamentablemente, conocí otra faceta de la vida en Afganistán. Vivir en mi país natal se transformó en una cuestión de azar o milagro. ¡Qué se yo! Poco a poco tuve que aceptar que, para preservar mi vida, hubiese tenido que estancarme: paralizarme. Salir, trabajar, manifestar costaban demasiado caro. Lo experimenté en carne propia cuando sobreviví al atentado contra la manifestación pacífica de los hazara en julio de 2016. Fue el fin de mis ilusiones de paz y cambio. Duro de aceptar. Fue el comienzo de los ataques criminales dirigidos contra las minorías étnicas y religiosas del país. El duelo se volvía omnipresente.

Yo vivía en la capital. Sin embargo esa ciudad enorme me parecía pequeña, sofocante, ansiógena. Una ciudad donde, cada día, brotaban la muerte, los lamentos, los gritos, el dolor. Tenía la impresión de estar en una gran prisión a cielo abierto. Todos mis

pensamientos se orientaron, consciente e inconscientemente, hacia una sola cosa: no morir. Para eso, implementé una estrategia: limitar los desplazamientos a lo estrictamente necesario.

Tenía ganas de vivir: vivir sin miedo a la muerte, pensar en otra cosa, escribir, leer, hacer investigación. Nada de eso era posible. Quería experimentar, otra vez, la libertad y la paz. Sentimientos que no pude recuperar sino en momentos excepcionales y en otro escenario: Bamiyán, allí donde nada vendría a amenazar la maravilla en medio de la naturaleza, de su población, de su paisaje. De vez en cuando nos arriesgábamos a dejar la capital para refugiarnos allí algunos días. La decisión de viajar por mi país no es una cosa simple: supone riesgos, desafiar verdaderos peligros. No obstante, esos momentos inolvidables vividos en Bamiyán quedarán para siempre guardados en mi memoria y en mi corazón. El espléndido valle de los Budas, los campos verdes, las montañas y las grutas budistas aún me hablan y me llaman. En aquel valle experimenté una experiencia trascendental que se imponía sobre todas las tremendas realidades: lograba olvidar los miedos y las angustias que jamás me dejaban tranquila en Kabul o sobre la ruta. En aquel valle me sentía libre, serena, fuera del espacio de esta tierra que me angustiaba y que, a cada momento, me recordaba que existían la muerte y el encierro. Me sentía como un pájaro que sobrevolaba un oasis de paz sin ser perturbado por lo que afligía del día a día.

Pero todo eso era pasajero. Más allá de las montañas, los insurgentes estaban por todos lados. Imposible desplazarse tranquilamente sin arriesgar la vida.

Treinta años después del día que dejé mi pueblo natal situado en el centro de Afganistán, me había convertido en madre y en universitaria. Y otra vez, debería dejar mi país. En esta ocasión, con un niño de la misma edad que tenía cuando fue mi primer exilio. A mi manera, tuve que responder a sus preguntas incesantes e inventar historias para explicarle las violencias y las amenazas que condicionaban nuestro día a día.

Llegamos a Francia con un extraño sentimiento de soledad, pesar, alegría y esperanza. Lo que más me entusiasmaba (y me recordaba la paz y también mi país) era observar las palomas, su libertad y sus movimientos tranquilos en las calles y en los parques. En mi país, las palomas se amontonaban, sobre todo, en las cúpulas de lugares de peregrinaje o en los jardines de las grandes mezquitas. Pero en Kabul no podía detenerme a mirarlas, observar sus juegos de ascenso y descenso: había que apurarse si se andaba por la calle. Pero además, las calles ya no estaban habitadas por las palomas sino por mil y un peligros.

Traducción de
Analía Gerbaudo

RESPIRAR. CAMINO DE UN ESCRITOR- INVESTIGADOR EN EXILIO

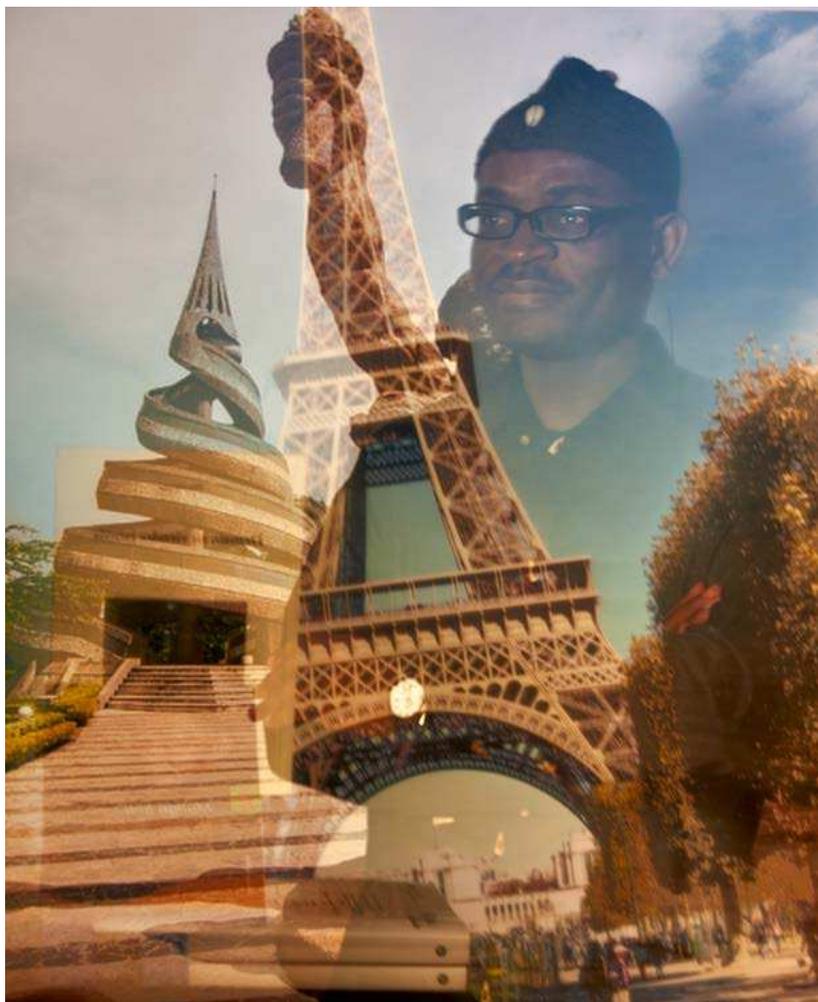
THÉOPHANE MBOGUÈ (THEOMBOGÜ)

Entre el monumento a la reunificación en Yaundé y la torre Eiffel en París se esconde un territorio: mi infancia.

Nací en Duala en 1984, noviembre. Un mes marcado por la renuncia del primer presidente camerunés (como si se tratara de un cuento que uno cuenta a un niño asustado, mi madre no paraba de relatarme su versión de esa renuncia acontecida el 6 de noviembre de 1982) y un año marcado por un golpe de Estado fallido ensayado el 6 de abril (golpe que, de cualquier modo, se ha presentado como el acontecimiento que le permitió al presidente actual consolidar su poder y abrir un abismo entre él y la población).

Pasé mi infancia en ese país administrado por una política del terror y del misterio. Los silencios y las ausencias del presidente alimentaban elucubraciones múltiples, una más descabellada que la otra. En mi barrio, a nadie le importaba las desapariciones y reapariciones del jefe de Estado: la política no le interesaba ni a los adultos ni a los más jóvenes como yo.

Nuestros sueños eran otros. En la escuela nos enseñaban historia, geografía y literaturas de países occidentales. Los profesores nos hacían recitar de memoria decenas de fábulas de La Fontaine. Leíamos cuentos de Charles Perrault, de los hermanos Grimm. En el liceo me resultaban familiares varios autores franceses: Rabelais, Molière, Voltaire, Racine, Corneille, Victor Hugo, Alfred de Vigny, Baudelaire,



Flaubert, Émile Zola... La educación nacional nos daba formación para todo, menos para el amor a nuestro país. No era nacional más que de nombre. Sus contenidos estaban orientados hacia las proezas y genialidades de Occidente. Estábamos formados desde el afuera. Todos queríamos parecernos a los occidentales. Nuestros gustos musicales y nuestra ropa ponían de manifiesto ese deseo. Envidiábamos a quienes emigraban a Europa, Canadá o Estados Unidos; admirábamos a quienes regresaban al país para pasar sus vacaciones (los creíamos superiores a nosotros). Dejar el país para emigrar a Occidente era una necesidad. Nuestra felicidad dependía de ello.

Occidente es un sueño que enferma. En África, la enfermedad «Occidente» mata más que el paludismo y el Sida.

LA RESPIRACIÓN DE LA ESCRITURA

Pasó el tiempo. Estoy en Occidente por otras razones. Y no soy feliz tal como lo imaginaba en el territorio de mi infancia. Vivo bajo el umbral de mi realidad. Cuando tomo el colectivo, el subte, el RER o el tranvía para ir a la universidad o a la biblioteca se ve simplemente a un hombre, aunque extranjero: no vivo ni respiro como todo el mundo. El exilio es una larga agonía. Cuesta respirar. Agonizo de pie mientras camino, hablo, me río, miro los rostros de quienes me rodean. Escapé del martillo para encontrarme con un ataúd. Aun cuando no me preocupe el lugar de mi inhumación, siento el dolor de cada segundo que pasa. El exilio no puede contarse, comentarse, escribirse. Sin embargo no pasa ni un solo día sin que escriba una palabra, una frase, un fragmento. Escribir es mi manera de luchar contra la muerte, de respirar un poco, al menos un poco, antes de que me lleve. No dejo de buscar al editor que publique mis respiraciones cotidianas; hasta aquí, sin respuesta favorable por parte de varias editoriales. A pesar de todo, sigo escribiendo. No importa si no tengo público. Mis escritos serán la huella indeleble de mi exilio cuando mi rostro se borre.

Mis trabajos como investigador son otro espacio para respirar. El objeto de mi tesis es la situación de las escrituras africanas poscoloniales en el campo literario contemporáneo y la revolución poética tramada desde el exilio en un contexto sociopolítico horadado por la violencia. Gracias a la universidad Paris 8, continúo mi investigación en un medio propicio.

En mi país, la democracia es incipiente: no es aún la voz del pueblo al que sofoca; no conocí más que un solo presidente, desde que nací, y trabajar sobre autores y cuestiones que molestan no me deja cabida para ninguna inserción profesional en la esfera pública.

FRENTE A LA AGONÍA CONTINUA DEL EXILIO

Esta situación genera desplazamientos forzados en los que muchos mueren en rutas, en el desierto, en el mar, en cárceles inhumanas; otros son asesinados. Puedo considerarme, por lo tanto, afortunado. El exilio me salvó de una muerte segura. ¿Pero por qué no soy feliz tal como lo imaginaba en el territorio de mi infancia? Es verdad que el exilio me salvó de una muerte, pero no de la muerte. Estoy condenado a muerte. La sonrisa que no me abandona oculta mal mi agonía interior: es un pedido de ayuda. Si bien no tengo necesidad de dinero y trato de escapar de la autocompasión, necesito respirar y vivir como un hombre. Simplemente. Mi sonrisa es la última cosa que queda de mi humanidad.

Ver la torre Eiffel no me sacó de mi agonía ni cambió la situación política de mi país. Escapé de un terror para caer en otro: el de quedarme sin papeles. El exilio no es una oportunidad para vivir bien; más bien es una oportunidad para morir dignamente. ¿Migrante? ¿Inmigrante? ¿Refugiado? ¿Exiliado? Una frontera lexical separa el exilio de la inmigración.

Importa poco. Estoy de pie. E intento respirar. Hay rostros que me sonrían, hay quienes me tienden una mano, me acompañan. ¿Qué hubiera sido de mí sin esos rostros sonrientes, esas manos tendidas, esos acompañamientos?

No estoy triste por estar aquí. Tampoco estoy feliz. Me habita un sentimiento sin nombre. Por otra parte, soy un afortunado entre una innumerable multitud de seres perdidos y olvidados. Fui acogido en el país que había soñado. País donde probablemente moriré dignamente, como debiera morir todo humano.

Y respiro. Al parecer, todavía con dificultad.

Entre la torre Eiffel en París y el monumento a la reunificación en Yaundé se esconde, ahora, la tumba de mis ilusiones.

EL NUEVO PAÍS AMADO: ENTRE DOS

BUKET TÜRKMEN

Me fui. Y mi partida no es más que una metáfora.

Mi historia personal importa poco. Al partir comprendí, por primera vez, que yo no contaba: que esta historia era colectiva. Y eso me puso muy feliz a mí que, por lo general, soy egoísta... Era la primera vez que vivíamos una cosa significativa e importante, en conjunto.

Decidí irme. Y al verme partir, cada uno de mis colegas se vio en el espejo de mi exilio. Ellxs vieron ahí, en lo que habíamos vivido y producido juntos, en lo que habíamos dicho y prometido, nuestros fracasos comunes. Junto a las lágrimas, hicieron sus cuentas con el país, con su pasado, con su juventud, con lo que hubieran deseado dejar, con lo que no pudieron dejar, con los demás. Junto a la rabia, hicieron sus cuentas con el grito del Otro: ese grito que también era de ellos. Fue ahí cuando entendieron el grito de la rebelión y la objeción. El llanto era su forma de responder a esta invitación discreta.

No obstante, nos equivocamos: ni yo me fui ni ellos se quedaron. Todos lo sabíamos, implícitamente: estaríamos juntos a través del pensamiento y de nuestras acciones. Era justamente ese lazo el que enervaba a los otros: irse, vivir en países diferentes no cambiaría nada. Nosotros no dejaríamos nada.

¿Y yo? No lloré hasta el avión. Cuando la última luz desapareció en la oscuridad del cielo, llorisqueé a escondidas. Pensé: «No. No me



voy. Volveré». Aunque sabía que eso no tenía ningún sentido. Me acordaba de la muerte de la madre de alguien que también había firmado el pedido por la paz, exiliado en Alemania: no había podido asistir a sus funerales y se había refugiado en los versos de una poesía de Pir Sultan Abdal para rendirle homenaje (unos versos que nos habían atravesado el corazón). Estar condenado por el decreto ley vigente en Turquía desde 2016, apenas instaurado el estado de urgencia (por ese decreto, 18 632 funcionarios —entre ellos, 5000 universitarios— fueron destituidos: perdieron desde sus derechos sociales hasta sus pasaportes) traía esto: no poder reunirse con su madre, no poder asistir a sus funerales.

Tenía miedo de ese decreto. No quería que me alcanzara. Estaba cansada de que ese país no me dejara nunca tranquila y me pidiera cuentas a cada paso desde hacía tres años. A partir de los bombardeos, me preguntaba constantemente por la sangre y la muerte. ¿Con qué derecho? ¿Con qué derecho ese país nos volvía infelices y desesperados? ¿Amamos ese país, justamente, por la sangre y el dolor? ¿Somos sanguijuelas? ¿Los países en los que no hay sangre son menos amados? ¿Quién lo sabe?

No. No se trata únicamente de eso. Amamos ese país porque la infancia queda suspendida allá, como los recuerdos y los murmullos de un árbol sacudido por el viento, el canto de una paloma, el grito de un vendedor de papas y cebollas. La infancia y sus sonidos.

DE PARÍS A ESTAMBUL: UNA LUCHA SOLIDARIA

La primera mañana en Burdeos me despertó el gougouuu-gouk de las palomas... Los adoquines del casco antiguo de la ciudad y los arrullos de las palomas me llevaron a las ciudades egeas de mi infancia. No había vendedores de simit en la calle; tampoco vendedores ambulantes. No importaba. Yo me sentía como en casa, como no me había sentido en los últimos tiempos en Estambul. Ya no había ningún riesgo de que la policía me llevara, ya no escuchaba, como

cada mañana en Estambul, el ruido de los taladros que demolían los recuerdos de nuestra infancia.

Pasados los meses y los años, tuvieron lugar nuevos encuentros, amigos, pesares, reuniones, idas y vueltas entre Estambul, París y Burdeos. Hubo juicios, condenas, absoluciones, solidaridades, marchas, manifestaciones, movimientos sociales... En Estambul, cayeron presos nustrxs amiguxs; en París protestamos en la plaza de la República o de la Sorbona con nuestros colegas franceses. En Estambul, las mujeres manifestaron contra proyectos de leyes misóginas; en París impugnamos, junto con sindicatos y colegas, proyectos de ley que precarizaban el trabajo.

Recobré un terreno propicio para mis investigaciones, impulsada por los movimientos sociales y la determinación de no claudicar ante las diferentes formas de reprimir la subjetividad: aquí, vía las lógicas de la economía neoliberal; allá, vía el autoritarismo y la arbitrariedad. Encontré esta cuestión de la subjetividad oprimida en todos los rincones del mundo: variaciones de una misma problemática. Me enorgullece ser parte del grupo de lxs que no abandonan la lucha ni en Turquía ni en Francia. Estar en París junto a quienes no bajan los brazos es un regalo inesperado para aquella socióloga extranjera deprimida que fui. Esto me permitió reencontrarme con mi país, aquí. País que ya no es más «uno».

Desde ese momento el «entre dos» constituyó el nuevo país: el país del exilio donde se reencuentran los que se fueron ayer y los que se van hoy. Tomé el camino de la soledad solidaria. Y no lo lamento.

La solidaridad es mi nueva familia. Esa constituida por los lazos en Turquía junto a mis colegas y las redes que forjamos aquí, en Europa...

Pero este entre-dos tiene también otra arista: la cólera que habita a uno y otro lado. Sin embargo, sabemos cómo evitar quedar atrapadx ahí para luchar juntxs contra ese sentimiento devastador. No es poco.

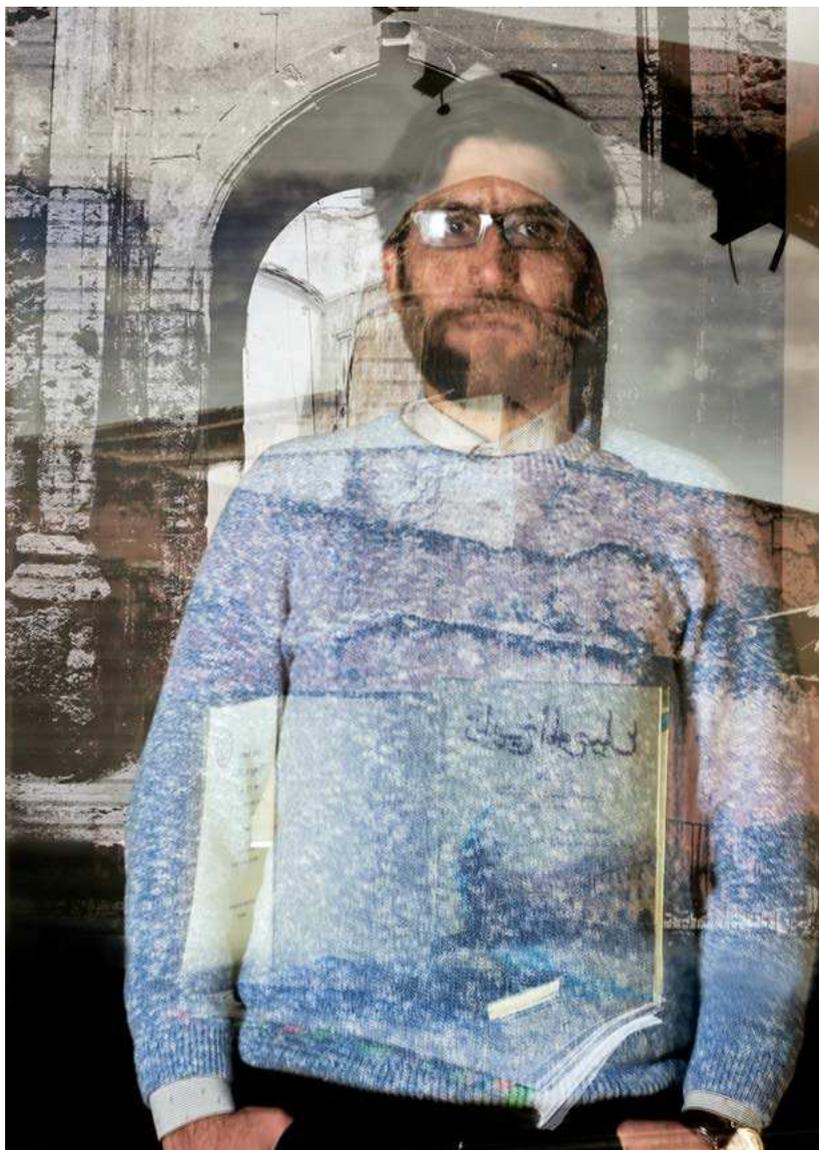
Traducción de
Analía Gerbaudo

CUANDO TUVE QUE ENCERRAR MIS SUEÑOS EN UNA JAULA

OMAR MOHAMMED

En una de las ciudades más antiguas del mundo, hace seis años, estaba en mi oficina, en la universidad. Apenas había concluido mis estudios y empezaba a enseñar en un centro de investigación especializado en orientalismo. Había pasado mucho tiempo imaginando a qué intelectuales occidentales invitar a exponer en nuestro centro. Había armado una lista interminable y había logrado hacer venir a un universitario americano que, en secreto, nos daría una conferencia. Si alguien se hubiera enterado de que habíamos invitado a esta gente, habríamos sido ejecutados por los terroristas: en mi ciudad hablar de orientalismo era considerado un crimen.

Luego de aquella conferencia, volví a mi casa. Era un jueves. Jamás volvería a la universidad. Aquel día Mosul fue ocupada por el Estado islámico. Aquel día tuve que poner mi lista de intelectuales en una jaula, dejar mis sueños de lado y reemplazar una lista por otra: una lista de instrucciones sobre cómo sobrevivir bajo esa ocupación brutal que, además de durar tres años, destruyó mi ciudad y mató a mi hermano. Esa ciudad inmemorial donde se habían labrado mis sueños se había convertido en su jaula.



LA OCUPACIÓN DE UNA CIUDAD MILENARIA

Durante 4000 años Mosul había sido un remanso para la cultura, la coexistencia y la vida. Una ciudad acogedora con un ambiente agradable para los niños.

Daesh estuvo en el origen de daños inmensos. Se vivía bajo una opresión constante: reclutaban espías en la comunidad a los efectos de que las personas perdieran confianza; manipulaban la historia para ponerla al servicio de su relato. Y habían cruzado todos los límites para imponer el terror: persiguieron a los cristianos, esclavizaron a los yazidíes y mataron a chiítas y a sunitas.

La vida se había detenido. No era la Mosul que yo conocía. Dejamos de escuchar música. Dejamos de hacernos preguntas, incluso sobre nosotros.

Daesh intentó romper los antiguos lazos de convivencia entre las comunidades de Mosul. Impusieron nuevas clases sociales apoyándose en la lealtad yihadista. Destruyeron el patrimonio de TODAS las comunidades de Mosul e intentaron imponer su propia versión. Las mujeres vivieron en cautiverio. Y por supuesto, prohibieron la música. Pero una de sus tácticas era particularmente perversa: no prohibieron Internet para espiarnos.

PARTIR PARA LIBERAR LOS SUEÑOS

Después de vivir dos años en aquella jaula, terminé escapando. Caminé durante unos días, convencido de que jamás podríamos ser libres. Pensaba abandonar mis sueños.

Uno tiende a imaginar la muerte como el momento en que deja de respirar, antes de ser enterrado bajo la tierra, en una tumba. Es la definición clásica. También la forma más fácil de morir. Pero hay otra: encerrar los sueños en una jaula, dejar de pensar en el futuro y que la única preocupación sea encontrar una manera de sobrevivir de modo que tu cabeza no pueda producir más que eso y que tu

espíritu deje de pertenecerte. A pesar de todo, había decidido luchar contra esa muerte.

Tenía por costumbre leer los más celebres versos de *La tierra baldía* de T. S. Elliot. Esos que dicen: «Abril es el más cruel de los meses, hace brotar lilas de la tierra muerta, confunde memoria y deseos, revuelve raíces mustias con lluvias de primavera. El invierno nos mantuvo abrigados, cubriendo la tierra con nieve olvidadiza, alimentando un resto de vida con tubérculos secos».

Nací en abril. Llegué a Francia en abril. Y pude dar rienda suelta a mis sueños en abril.

Ahora que, por fin, disfruto de libertad, me dedicaré a ayudar a personas como yo: universitarios en peligro que tratan de huir de sus jaulas. Le gané mi batalla a aquella forma de muerte y me encontré con todos los intelectuales que estaban en mi lista de invitados.

El terrorismo y la dictadura no solo destruyeron inmuebles y monumentos. Su destrucción alcanzó a la sociedad y sus raíces. Lo que Daesh hizo en Mosul afectará a las generaciones por venir.

Es más difícil reconstruir que destruir. Reconstruir un inmueble es fácil; reestablecer una herencia cultural, no. Trabajé mucho para ayudar a reintroducir las artes, para sostener e instalar los cines y para traducir al árabe la literatura mundial. Es tiempo de que Mosul vuelva a ser una ciudad de cultura y libertad intelectual.

Ahora que me siento seguro en Francia, trabajo todos los días no solo para contribuir a la reconstrucción material de Mosul sino también para componer una versión de su historia y de su diversidad. Por eso convoqué a las familias judías originarias de Mosul para registrar sus historias y completar mi museo virtual de la ciudad. Mi trabajo se concentra ahora en la construcción de un futuro mejor. Un trabajo que incomoda pero, como dijo Cornel West: «Se paga un precio por decir la verdad. Se paga uno mayor por vivir en la mentira».

Traducción de
Analía Gerbaudo

EL EXILIO CIENTÍFICO URUGUAYO. SOLIDARIDAD PARA EL DESARROLLO DE AMÉRICA LATINA

FERNANDO LEMA

En Uruguay, a partir de 1972 y luego de un largo período de crisis económica y social, la situación se degradó considerablemente: ideas disidentes o militancia política motivaron la persecución generalizada de personas, los encarcelamientos, la tortura, la desaparición o la muerte en manos de la policía y las fuerzas militares. Muchos se exiliaron, primero en Argentina o en Chile. Pero esta represión no solo afectaba a Uruguay sino que también se producía en Chile, Argentina, Bolivia, Paraguay y Brasil. El Plan Cóndor, una enorme coordinación de acciones represivas que reunía a los miembros de las fuerzas armadas y de los servicios de inteligencia de los países del Cono Sur, fue puesto en marcha para perseguir y exterminar a los militantes políticos incluso fuera de su país de origen.

En setiembre de 1973, la Universidad de la República fue ocupada por la armada; cerraron sus facultades y los profesores fueron expulsados o sus cargos no se renovaron.

Luego de dos años de prisión en Uruguay, mi primer exilio comenzó en Buenos Aires con la esperanza de estar cerca de las redes universitarias para desarrollar actividades en mi cultura y en mi lengua. Fue un exilio breve ya que una dictadura militar se instaló en Argentina en 1976. La represión fue violenta y masiva. Miles de personas desaparecieron y, respaldados por el Plan Cóndor, los militares



secuestraron y asesinaron a militantes uruguayos en el exilio. Fue en ese contexto que el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) le propuso a mi familia dejar el país e instalarse en Holanda. Finalmente, yo me instalaría en Francia.

Conseguir un trabajo afín a la calificación profesional que se tiene no es algo sencillo para un científico exiliado ya que hay que integrarse a redes científicas totalmente desconocidas y actualizar la formación para poder competir en el sistema local. Más allá de la inmensa solidaridad de los franceses en la acogida de exiliados y de su acompañamiento con miras a su orientación profesional, es muy difícil acceder al sistema científico local. Luego de seis años de trabajo en el Centro Médico Universitario de Amiens como en la Unidad 107 de investigación del Instituto Nacional de la Salud y la Investigación médica (INSERM), en 1983 fui contratado como científico en el Instituto Pasteur de París. Durante 23 años desarrollé actividades que fueron del diagnóstico a la inmunología pasando por el estudio de interacciones moleculares entre el virus de la hepatitis B y anticuerpos específicos.

PONER EN FUNCIONAMIENTO LA UNIVERSIDAD DESDE EL EXTRANJERO

En 1983, cuando se acercaba el fin de la dictadura militar en Uruguay, los científicos exiliados en Francia decidieron contribuir a la puesta en funcionamiento del sistema universitario. Fue así que, durante una asamblea fundacional celebrada en el Instituto Pasteur que reunió a 121 personas, se formó la Asociación franco-uruguaya para el desarrollo científico y técnico (AFUDEST). Esta asociación reunía a científicos, profesionales de la salud, ingenieros, físicos y especialistas en ciencias sociales residentes en Francia y decididos a desarrollar el sistema científico en Uruguay. La AFUDEST desarrolló sus actividades hasta 1990 promoviendo proyectos científicos y de formación en Uruguay, facilitando la acogida de becarios uruguayos en Francia y preparando su retorno al país de origen.

Esta experiencia colaborativa, la similitud de situaciones respecto del desarrollo científico en otros países de América Latina y la apuesta que representa la adquisición de conocimientos condujeron a miembros de la AFUDEST a trabajar con la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), la Unión Europea y otros organismos de cooperación multilateral. En 1987, en la UNESCO, creamos la Red de Científicos de América Latina y del Caribe así como una base de datos que reunía las informaciones de científicos de la región residentes en el extranjero y dispuestos a colaborar con su país de origen. Se realizaron diversas acciones en París, Medellín, Bogotá, Quito, Buenos Aires, Caracas y Montevideo. Este programa dio nacimiento, en 1989, a la ECOMED, una red internacional de cooperación interdisciplinaria constituida entre la ecología y la medicina que reagrupa a más de 130 personas (arquitectos, botánicos, ornitólogos y biólogos). La ECOMED se propuso trabajar sobre las enfermedades endémicas de América Latina con el objeto de entender los factores socioculturales y ecológicos que influyen en su desarrollo (por ejemplo, la enfermedad de Chagas y la leishmaniasis en las comunidades indígenas y rurales de Colombia y Ecuador). En este marco se realizaron documentales y material científico que se difundió de modo oral y escrito en estas comunidades rurales.

LUCHAS CONTRA LA FALTA DE CONOCIMIENTOS EN PAÍSES EN DESARROLLO

Las actividades emprendidas muestran la necesidad de expandir instrumentos y políticas que permitan un abordaje de las dificultades científicas de los países del Sur, básicamente en lo referente a la generación, transferencia e intercambio de conocimientos. En 2001 el ministerio de Asuntos Extranjeros convocó a un peritaje institucional dirigido por el Instituto de Investigación para el Desarrollo (IRD) que involucró a especialistas en migraciones científicas de África, Asia, América Latina, Europa y América del Norte a los

efectos de definir políticas y medidas tendientes a disminuir la falta de conocimientos en países en desarrollo. Nuestra participación buscó contribuir a desarrollar una estrategia para la implementación de polos regionales de desarrollo científico y tecnológico en Uruguay. Estas iniciativas se concretaron a través de la instalación del Instituto Pasteur en Montevideo y de la creación de la red AMSUD–Pasteur.

Mi exilio terminó en 2005, cuando regresé a Uruguay para integrar el Ministerio de Educación y Cultura. De 2009 a 2016, con investigadores de Argentina, Colombia, Francia y Uruguay, diseñamos un proyecto: la Creación de Incubadoras de Diásporas de Saber en América Latina (CIDESAL). Con el financiamiento de la Unión Europea estudiamos migraciones de personal altamente calificado y propusimos alternativas para resolver los problemas de desarrollo causados por la falta de producción de conocimientos científicos.

El itinerario del exilio nos enriqueció en experiencias. Los proyectos realizados y las acciones políticas y sociales mostraron el rol central de los individuos en su desarrollo, como una suerte de chispa. No obstante, sin el compromiso colectivo y la sinergia entre países de acogida y de origen, ningún proyecto de cooperación para el desarrollo puede volverse viable y eficaz.

EN EL DESIERTO DE ATACAMA, A NUESTROS VERDUGOS DECIDIMOS RESPONDERLES CON EL ARTE Y LA EDUCACIÓN

IVÁN QUEZADA

Después de dos largos períodos de detención, la primera a partir del 11 de septiembre 1973 hasta el mes de febrero 1974 —yo tenía en ese entonces 23 años— y la segunda desde el 9 de agosto 1975 hasta fines de noviembre 1976, debí elegir entre quedarme en Chile arriesgando mi vida o dejar mi país.

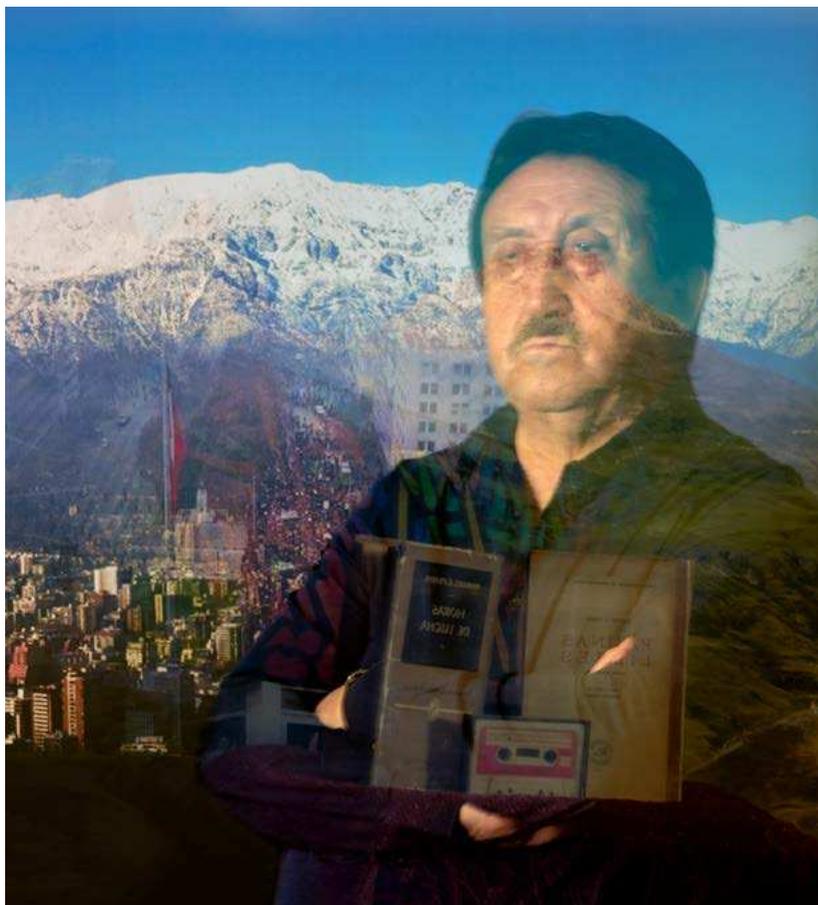
Finalmente acepté una visa que me ofrecía el gobierno francés de la época para venir a Francia con el fin de terminar mis estudios y transformarme en profesor de castellano.

Durante los dos períodos de detención debí soportar tortura física, presión psicológica, alejamiento geográfico. Pero también pude aprender cómo resistir a aquella terrible situación.

Considerados por nuestros verdugos como «basuras» y antipatriotas, ignorantes de la historia de Chile, decidimos responder con el arte y la educación.

Durante de mi primera detención desde el 11 de septiembre 1973 en el estadio Chile, en el Estadio Nacional, a comienzos del mes de noviembre, formé parte de los 900 prisioneros que fueron desplazados en pleno desierto de Atacama, a 2000 kilómetros de Santiago, a una antigua oficina salitrera de nombre «Oficina Chacabuco».

Fue allí que durante una asamblea organizada por los 900 detenidos decidimos crear una escuela que iría desde cursos de



alfabetización a estudios de física nuclear. Tal era la diversidad de competencias de los detenidos de ese campo de concentración.

Los detenidos propusieron también diversas actividades artísticas y de esta manera se formaron dos grupos de teatro, un grupo de música popular, talleres de dibujo y yo propuse crear un coro de prisioneros en el cual se inscribieron y participaron una veintena de personas.

Después de algunas semanas de ensayos, una primera presentación al interior del campo tuvo lugar a comienzos de diciembre. El espectáculo era organizado por los detenidos con la autorización del Comandante del campo. Estos espectáculos se realizaron enseguida, cada fin de semana, permitiendo así superar, en parte, nuestra situación emocional a causa del alejamiento y la detención. Recuerdo siempre el espectáculo del 24 de diciembre 1973 cuando el Coro de Chacabuco decidió interpretar la canción de Navidad «Noche de Paz» en pleno desierto de Atacama pensando en nuestras familias distantes miles de kilómetros.

Algunas semanas más tarde y con la complicidad del capellán católico del campo, propusimos realizar un concierto en el Salón Filarmónico ubicado al exterior del campo de detención. Esto dio lugar a la grabación del concierto en un casete. Guardo siempre conmigo este casete: una pieza importante en mi trabajo de memoria que desarrollo desde entonces.

Mi segunda detención se desarrolló en su mayor parte en el campo de concentración de Tres Álamos, ubicado en la periferia de Santiago. En 1975, la dictadura estaba mejor organizada, pero los prisioneros y sus familias también. Las familias de detenidos se habían agrupado en torno a la Vicaría de la Solidaridad en Santiago creando talleres de artesanía. Los detenidos y detenidas fabricaban artesanía que la Vicaría vendía para distribuir el dinero entre las familias de detenidos y detenidas. El trabajo propuesto por la Vicaría consistía en confeccionar sacos, bufandas, cigarreras y ponchos en lana. Cada semana entregábamos cientos de artículos para ir en ayuda de nuestras familias. Fabricábamos también pequeñas joyas a partir de viejas monedas. En este impulso de solidaridad aprendí a usar el telar y

aprovechando este aprendizaje, confeccioné un poncho en lana roja amaranto que guardo preciosamente conmigo hasta hoy.

CONCILIAR CARRERA ACADÉMICA Y RESISTENCIA

Liberado de prisión a fines de noviembre 1976, tenía enormes ganas de continuar mis estudios para cumplir la promesa que había hecho a mi madre. Por ello, aceptar la visa para viajar a Francia se imponía como única solución teniendo en cuenta que mi vida corría peligro.

A partir de ese momento sería necesario conciliar la continuación de mis estudios, es decir la continuación de mi vida. Y también continuar la resistencia desde Europa denunciando la dictadura de Pinochet con la esperanza de reconquistar de nuevo la democracia para Chile.

Como había dicho Neruda: «debíamos evitar la muerte cotidiana, la pequeña muerte, aquella de cada día» para que la vida fuera más fuerte que los golpes recibidos y para defender el ideal que nos hacía combatir.

Así, finalmente, aterricé en París el 9 de enero de 1977. Una semana más tarde me propusieron viajar a Bordeaux, ciudad universitaria donde podría continuar mis estudios.

Fui recibido por la Asociación Francia Tierra de Asilo y, con ellos, tuve la posibilidad de realizar seis meses de aprendizaje del francés en la Universidad de Bordeaux. Paralelamente a mis cursos de francés solicité una equivalencia de mis estudios realizados en Chile. De esta manera, mis cinco años de estudios en la Universidad de Chile, solamente fueron reconocidos por el nivel Licencia (3 años). Esto me permitió inscribirme en una Maestría de Español para el año universitario 1977–1978 con un tema sobre el escritor chileno Manuel Rojas.

A fines de ese año universitario obtuve con éxito el diploma que me permitió abrir la vía hacia un Diploma de Estudios Avanzados que obtuve también con la más alta calificación y que me permitió acceder a una actividad de enseñanza en la universidad y el inicio de mi doctorado.

¿Pero qué tema elegir? François Lopez, profesor y director de la sección de Español de la universidad, me propuso leer un libro del escritor peruano Manuel González Prada. Luego de la lectura de ese libro, quedé maravillado por la calidad del análisis que este autor hacía del Perú luego de obtenida su Independencia y de la difícil instalación de la nueva República.

Defensor de la moralidad en política y de la transparencia en el ejercicio de ella, empleaba un verbo mordaz y lapidario para expresar la clarividencia de sus análisis que se podría aplicar a la mayoría de los países de América del Sur. Su estilo es considerado por algunos biógrafos como el más transparente de la prosa peruana. Fue, sin duda, el más incorruptible, el más brillante y el más insumiso de los intelectuales peruanos de su época.

Nacido en Perú y gran patriota, se declaraba en primer lugar anticlerical, luego libre-pensador y más tarde anarquista, postura en la que permanecerá la mayor parte de su vida adulta.

Su espíritu libertario y su compromiso con la democracia, la verdad en política y la denuncia de la corrupción en las clases dominantes, me han inspirado durante todo el largo proceso de la escritura de mi trabajo de investigación. Muchos de los valores expresados en sus escritos me cuestionaban y reafirmaban en mí los valores de justicia social, libertad, igualdad, solidaridad y respeto a los seres humanos que yo había adquirido y hechos míos durante los primeros años de mi vida universitaria en Chile.

Acto seguido, mi vida de exilio me permitió confirmar y poner en práctica esos valores, sobre todo aquellos de la libertad personal y colectiva y los de la verdadera democracia.

Años más tarde, en 1990, la obtención de mi diploma de doctor en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos me permitió cumplir con la promesa hecha a mi madre de ir lo más lejos posible en mis estudios y de realizar mi sueño, confirmando mi actividad de profesor en el Instituto de Información y Comunicación (IUT) en el seno de la misma universidad, actualmente Universidad Bordeaux Montaigne, que años antes me había acogido.

Hoy en día, continúo mi trabajo de transmisión de la memoria histórica de Chile, continúo el combate por obtener justicia y reparación para las víctimas de la dictadura y para que Chile reencuentre la verdadera libertad, la verdadera democracia y para que nosotros, los miles de exiliados, víctimas de la dictadura podamos, al fin, sentirnos libres.

**«SI ESTOY EN TU
MEMORIA, HAGO PARTE
DE TU HISTORIA».
SER HIJA DE UN
REFUGIADO CHILENO**

AMARYLLIS QUEZADA

Sin haber tomado realmente conciencia de eso, la memoria del exilio chileno siempre ha estado presente desde mi infancia. Estaba disimulada en medio de los lazos de familia, de amistad o culturales que mi padre mantenía con el país que tuvo que dejar después de varios periodos de encarcelamiento y episodios de tortura. Como testimonio, puedo mencionar las conmemoraciones delante del mural realizado por los exiliados chilenos en Pessac, región de Bordeaux, cada 11 de septiembre, fecha del golpe militar del General Augusto Pinochet que marcó el fin de la democracia después de tres años de una experiencia política progresista llevada a cabo por Salvador Allende. Estas numerosas manifestaciones y eventos asociativos y culturales alrededor de la memoria de la dictadura y la cultura chilenas, entre otras actividades militantes, marcaron mi recorrido hasta ahora.

La memoria está simbolizada en mi retrato por la obra de Christian Boltanski, *Animitas* (nombre de los altares contruidos por los campesinos a orilla de los caminos para honrar a los difuntos): instalación de ochocientas campanas fijadas en largos trozos de madera plantados en el suelo que suenan con el viento en el desierto de Atacama en el norte de Chile donde la junta militar había instalado el campo de concentración de Chacabuco. Mi padre estuvo preso en este lugar donde enterraron cuerpos de desaparecidos durante la dictadura.



El sonido de las campanitas llega para recordarnos la existencia de las víctimas de la violencia política y les ofrece un homenaje con esta música de las almas. El olvido y el riesgo de reiterar errores —más bien deberíamos decir horrores— de la historia que representan están teatralizados. Impulsada por este espíritu, durante un viaje a Chile pude penetrar de manera ilegal dentro del antiguo campo de Chacabuco pasando por un hoyo en el cerco con el objetivo de llegar a la antigua celda de mi papá para escribir su nombre en la pared. Esta «anécdota» muestra que la historia oficial de la memoria de la dictadura en Chile tiene aún mucho camino que recorrer. Quizás, algún día, este lugar será un lugar de memoria. Mientras tanto, el combate por el reconocimiento oficial y colectivo debe seguir.

Sin embargo, antes de ser colectiva, la memoria es individual, ligada íntimamente al recuerdo de la experiencia y a su transmisión. Así, la memoria colectiva se transforma en el eco de la memoria íntima. La historia que llevó a mi padre por los caminos del exilio me la contaron muchos recursos documentales, cinematográficos y literarios. Sin embargo, su historia personal me ha sido contada por partes durante mucho tiempo. Y sigue contada por pedazos.

APRENDER A TRANSMITIR LA MEMORIA DEL EXILIO

Siempre le resultó más fácil hablar del contexto general de aquellos años más que de los eventos que vivió personalmente. Cuando vi el testimonio de mi padre realizado en 2016,³ descubrí su compromiso político y, sobre todo, lo tremendo de las atrocidades que sufrió.

Ese día me invadió un sentimiento de injusticia difícil de controlar. Difícil también imaginar cómo se recupera uno de tal deshumanización organizada. Después intenté comprender. Comprender su mirada a menudo lejana, triste a veces, pero resistente, llevando el

³ Testimonio audiovisual realizado para el Fondo de Archivos Orales de la agrupación de ex-prisioneros chilenos en Francia (AEXPPCh) depositado en la biblioteca *La Contemporánea*. Contiene un centenar de testimonios.

peso de esa herida, íntima, imposible de contar a sus hijos porque es mucha la emoción...

Pienso a menudo en los hijos de los científicos exiliados que acompaño en mi trabajo. ¿Conocerán la misma mirada? ¿Verán en ella, como yo, un reflejo de la vida destrozada de sus padres pero cuyos escombros se han convertido de nuevo en tierra fértil?

Acoger, apoyar a aquellos que han vivido la injusticia de ser obligados a dejar su familia, sus amigos, su futuro, que han dejado atrás una vida que nunca volverán a encontrar, los que vieron negados sus derechos fundamentales, es el deber de una sociedad abierta y democrática.

Al recibir la legión de honor, el dramaturgo, actor y guionista chileno Oscar Castro⁴ nos entregó el secreto del exilio: «se trata de saber volver a pegar los pedazos». Seamos entonces colectivamente solidarios y ayudemos a aquellas y aquellos que conocieron el destierro forzado, a volver a construirse, a recoger los pedazos de su identidad y de su historia fragmentada, tal como en los retratos de «Miradas sobre los exilios científicos forzados de ayer y hoy» (RESTRICA). Representar, testimoniar, hacer vivir estas historias colectivas e individuales gracias a las ciencias y las artes plantea la necesidad de un proyecto como RESTRICA cuyos retratos forman una obra de memoria.

Al comienzo de la grabación de su testimonio, mi padre expresa su esperanza en que permita a sus hijos conocer esta vida de la cual tenían poca idea, no con la intención de aparecer como un héroe sino para transmitir la memoria de su exilio forzado y así permitirnos entender por qué nacimos en Francia y no en Chile.

4 Fundó el Teatro Aleph en 1968 con amigos estudiantes en Santiago de Chile. El Aleph se convirtió en un mito y una referencia en el mundo del teatro latinoamericano. Tras la censura de su obra, los miembros de la compañía fueron detenidos, incluido el propio Oscar Castro. Fue encarcelado en el campo de Retoque donde organizó una representación teatral semanal y luego se exilió en Francia. En 1977 instaló su teatro en Ivry-sur-Seine.

Bertolt Brecht decía: «hay hombres que luchan un día, y son buenos, hay otros que luchan un año, y son mejores, hay hombres que luchan muchos años, y son muy buenos, pero hay hombres que luchan toda la vida, ellos son los imprescindibles». Mi padre forma parte de los imprescindibles: aquellos que luchan contra el olvido para intentar evitar que la historia se vuelva a repetir.

LA LIBERTAD CIENTÍFICA, ENTRE LA PESTE Y EL CÓLERA: OPRESIÓN POLÍTICA CONTRA PRECARIEDAD

ASLI VATENSEVER

Ya han pasado casi cinco años desde que firmé el pedido por la Paz en Turquía y perdí mi trabajo en la universidad. También han pasado ya cuatro años desde mi partida para exiliarme. Cuatro años de peregrinaciones en busca de becas temporarias sin saber qué iba a hacer ni dónde estaría en algunos meses. Cuatro años intentando recoger lo que podía rescatar de mi «carrera académica» hecha pedazos. Y cuatro años respondiendo a los medios y al mundo universitario occidental en su búsqueda sin fin de víctimas «informadas» y «occidentalizadas» provenientes de regímenes opresivos distantes. Cuatro años siendo amablemente empujada a contar una y otra vez una historia triste, muy triste, horadada por detalles dolorosos: «Por supuesto que puede analizar la situación desde un ángulo global, pero nosotros preferiríamos que nos hablara de la represión que usted sufrió en términos individuales. Y de su vida como exiliada». En cada una de esas malditas entrevistas o paneles a los que era invitada iba de suyo que se esperaba el relato de un pequeño personaje trágico y no la perspectiva de una socióloga.

Hay que darse cuenta que no tiene sentido embellecer ni edulcorar nada. Mi vida no tiene nada de heroico ni de romántico. Mi vida en exilio se define a partir de las tareas cotidianas. Paralizada por una ansiedad sin fin provocada por la precariedad estructural y la explosión de despidos en este mundo académico moderno.



Ya no soy una universitaria en peligro. Soy una más entre miles de universitarixs precarizadxo o sin trabajo en el mercado académico europeo. Hasta no hay margen para extrañar a mis amigos o a mi familia en Estambul o a mi país. Tan ocupada estoy en sobrevivir tratando de salir de esta zona de cuarentena propiciada por becas de corta duración que terminan siendo la forma de la que se vale el mundo universitario occidental para confinar a los universitarios emigrados mientras se los mantiene alejados del empleo regular.

Tan ocupada estoy en intentar comprenderlos, amables colegas. La opresión política no es la única forma de limitar las libertades académicas: los regímenes periféricos son tan obvios como para recurrir a medidas tan evidentes como la opresión. Por contraste, los gobiernos de ustedes son más sofisticados: dejan que el mercado libere el paisaje académico y elimine lo que perturba vía la precariedad y el desempleo. Pregunten qué experimentan las centenas de pos-doctorandxs que los rodean mientras ustedes continúan infantilizándolos señalándoles que están «en los comienzos de su carrera» mientras que la mayoría viene trabajando en el campo desde hace más de una década. Pregúntenles acerca de sus verdaderas tendencias políticas: esas que en muchas ocasiones ocultan para adoptar un lenguaje orientado por las empresas (ese que les da más chances de acceder a un trabajo o a una beca a término). Tal vez ha llegado el momento de que se empiecen a preguntar qué queda de las libertades científicas en esto que consideran un «bastión de la democracia». La opresión política en la periferia y la precariedad económica del centro no son más que las dos caras de una misma moneda.

SOBRE LA AUTORA



PASCALE LABORIER

es profesora de Ciencias Políticas en la Universidad de París Nanterre e investigadora del Instituto de Ciencias Sociales, unidad asociada al Centro Nacional de la Investigación Científica. Sus trabajos sobre migraciones forzadas de profesorxs, investigadorxs y artistas se combinan con su compromiso político: además de generar grupos de investigación transnacionales (como el nucleado alrededor del proyecto *Geo-relatos*), está activamente

comprometida con la recepción en Francia de estxs profesorxs, investigadorxs y artistas cuya trayectoria estudia. En esa línea cabe destacar su liderazgo en programas como PAUSE (Programa Nacional para la recepción y ayuda urgente de científicxs exiliadxs) e Investigadorxs en riesgo, entre otros. Su último libro, *Academics in a Century of Displacement. The Global History and Politics of Protecting Endangered Scholars* (una publicación colectiva que codirigió), historiza y compone categorías teóricas para analizar estas cuestiones.

ÍNDICE

- 5 Académicxs forzadx al exilio: vidas y saberes en movimiento. PASCALE LABORIER
- 17 Una mujer científica siria, a pesar de los obstáculos. ROUBI KILO
- 21 Investigar en la propia casa. Una práctica sospechosa. ARIEL FABRICE NTAHOMVUKIYE
- 26 Nostalgia del valle de Budas. BELGHEIS JAFARI
- 31 Respirar. Camino de un escritor–investigador en exilio. THÉOPHANE MBOGUÈ (THEOMBOGÜ)
- 36 El nuevo país amado: entre dos. BUKET TÜRKMEN
- 40 Cuando tuve que encerrar mis sueños en una jaula. OMAR MOHAMMED
- 44 El exilio científico uruguayo. Solidaridad para el desarrollo de América Latina
FERNANDO LEMA
- 49 En el desierto de Atacama, a nuestros verdugos decidimos responderles con el arte y la educación. IVÁN QUEZADA
- 55 «Si estoy en tu memoria, hago parte de tu historia». Ser hija de un refugiado chileno.
AMARYLLIS QUEZADA

60 La libertad científica, entre la peste y
el cólera: opresión política contra
precariedad. ASLI VATENSEVER

63 Sobre la autora

COLECCIÓN **TESTIMONIOS**

dirigida por Daniela Gauna

Huellas ante el olvido.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Gestión digital: Programa Bibliotecas UNL

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Historias de exilio / Pascale Laborier ... [et al.]
; Director Pascale Laborier. - 1a ed. - Santa Fe :
Universidad Nacional del Litoral, 2025.
Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera.
Testimonios)

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Analía Gerbaudo.
ISBN 978-987-692-444-3

1. Exilio. 2. Migración. 3. Historia. I. Laborier,
Pascale II. Laborier, Pascale, dir. III. Gerbaudo,
Analía, trad.
CDD 325.2

© Belgheis Jafari, Roubi Kilo, Pascale Laborier,
Fernando Lema, Théophane Mboguè, Omar
Mohammed, Ariel Fabrice Ntahomvukiye,
Amaryllis Quezada, Iván Quezada, Buket
Türkmen, Asli Vatensever, 2025.

© de la traducción: Analía Gerbaudo, 2025.

© de las fotografías: Pierre–Jerôme Adjedj,
2025.

© de la editorial: Vera cartonera, 2025.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento–NoComercial–
CompartirIgual 4.0 Internacional